



CANTO CUARTO.

ARGUMENTO. — Despertándose Caifás dominado por la memoria del sueño que Satan le ha enviado, convoca el sanedrín, para procurar que condene á Jesus. — Filon, sacerdote fariseo, se declara abiertamente contra el Mesías, y se opone á Gamaliel y á Nicodemo que intentan su defensa. — Presentase Judas á Caifás, le ofrece entregar á su maestro, recibe en recompensa cierta suma y parte á dar cima á su traicion. — Ya cerca de Jerusalem manda el Mesías á Simon Pedro y á Juan que se adelanten y hagan preparar el cordero pascual. María, Lázaro y María su hermana, Sémida el huérfano de Naim, y Cédilia hija de Jairo, vienen en busca de Jesus. — Dominada María por cierto secreto temor sale al encuentro de su hijo: mas viéndola Jesus varia de camino por no encontrarla. — Detiénese el Salvador junto á un sepulcro mandado hacer por José de Arimatias, y medita sus próximas muerte y resurreccion. — Llegada la noche entra en Jerusalem con sus discípulos. Judas se les renne. — Va el Mesías á la casa donde se le ha preparado el cordero pascual. — Siéntase á la mesa y celebra la cena con sus discípulos. — Prostérnase Juan ante el caliz é imitándole Judas, manda á este el Mesías que se levante y le manifiesta que sabe su traicion. — Sale Judas de allí para ir á buscar á Caifás. —

Después de su salida revela el Señor á sus discípulos una parte del misterio de la redención; predice que San Pedro ha de negarle tres veces antes de terminarse aquella noche; y después se encamina al Monte Olivete; — Pasado el torrente del Cedron se detiene en el valle Getsemani y manda á Gabriel que en un bosquecillo de palmeros, que le muestra, reúna á los Angeles bajados del cielo para ser testigos de la Pasión.

.....

Despiértase Caifás: mas el satánico sueño que ha turbado su reposo, aun fascina su razón. Agitándose en el blando lecho, ya se levanta ya vuelve á caer bajo el peso de las sensaciones que le abruman, á la manera en que sobre el campo de batalla se revuelca el impío cuando es vencido. Las voces de los vencedores prosiguiendo en su triunfo, los relinchos de los caballos espantados al aspecto de los muertos que cubren el suelo; y el rumor de las armas, y el bramido del trueno auxiliar del genio de las batallas rugen sobre la malherida cabeza que se apoya en un monton de cadáveres, siéntese el guerrero morir; mas cuando ya imagina pisar los confines de la nada reanímase en él un resto de vida y le prueba que aun existe; un temblor convulsivo atormenta sus lívidos miembros; maldice su turbado pensamiento al alma inmortal que así mortifica al cuerpo antes de abandonarle; maldice hasta al Dios cuya existencia no se atreve ya á negar.

Levantándose Caifás mandó convocar el sanedrín¹, é inmediatamente los sacerdotes y los Ancianos de Judea se reúnen en un vasto salón cuyos ricos entablamentos exhalan los suaves perfumes del cedro del Líbano².

Josef de Arimatias, el mas virtuoso entre los pocos descendientes de Adán que se conservan dignos de su abuelo, y que es el jefe de los Ancianos de Jerusalem, entra en el salón silencioso y tranquilo como un rayo de la luz de la Luna, cuando después de un abrasado día, esparce su melancólico resplandor aquel astro en las tinieblas de la noche. Nicodemo, su noble amigo, le acompaña.

Tomando el asiento preeminante que le corresponde, con gesto arrogante y brillándole los ojos de ira toma el Pontífice la palabra y dice:

¹ Esa palabra se deriva de otra griega que significa *asamblea*. La fundación de ese consistorio ó concilio judío data de los tiempos de Moisés, quien eligió á setenta entre los ancianos de Israel para que le ayudasen en la administración y gobierno del pueblo: los miembros del Sanedrín se llamaron desde entonces y siempre Ancianos, sin haber tenido nunca otro nombre. — T. F.

² La resina de los cedros del Líbano es olorosa; y los mas pequeños de ellos producen un fruto parecido á la piña del pino, del cual emana en algunas épocas del año cierto bálsamo espeso y trasparente. Aun después de labrado exhala el cedro un olor agradable; y sabido es que no se empleó otra madera que la de esos árboles en la construcción del templo y del palacio que Salomón edificó en Jerusalem. — T. F.

« ¡Sacerdotes y ancianos de Jerusalem: estermínemos á Jesus Nazareno ó el actual concilio será el postrero que en este mundo nos sea lícito celebrar. Sí; el sacerdocio que el Eterno mismo confirió sobre el monte Sinai¹, al mayor de los Profetas; el sacerdocio, que Babilonia la de las formidables torres, se esperó en vano destruir con una prolongada cautividad; el sacerdocio que el valor heroico de la ciudad de las siete colinas², no ha podido minar; ese sacerdocio va á ser destruido para eterna deshonra nuestra, y con ofensa de Dios, por un miserable y visionario mortal de la raza de Israel! ¿Y no es ya dueño de Jerusalem? ¿No son las ciudades de Judea sus humildes esclavas? ¿En su ciega estupidez no abandona el pueblo el templo de sus padres para ir á presenciar los supuestos milagros de Jesus? ¿Y cómo no ha de seducir el impostor á ese pueblo tan necio como crédulo? Despertando á los enfermos dormidos supone que resucita á los muertos; ¡y nosotros le dejamos hacer y esperamos á que organizándose el asesinato y la rebelion, vengan á degollarnos á vista de ese mentido profeta, que tal vez entonces se dignará

¹ Monte de la Arabia-Petrea, célebre en la Sagrada Escritura y sobre el cual habló el Señor con Moisés y le dió las tablas de la ley. — T. F.

² Roma. Aquí se alude á la situacion política de la Palestina, provincia entonces del Imperio romano.

resucitarnos! Me escuchais con muda sorpresa. — ¿No veis peligro alguno, no conoceis siquiera al enemigo pronto á lanzarse sobre nosotros? ¡Y sin embargo ya le ha proclamado rey la Judea; ya el pueblo ha sembrado de palmas el suelo que sus plantas hollaban; ya al pasar él ha cantado *Hossana!* ¡Miserable hijo de Belen! ¡Ah! ¿porqué en vez de esos triunfales clamores no has escuchado la voz del anatema llevada en alas del trueno? ¿Porqué no has bajado ya á los infiernos, donde bajando los reyes de sus tronos de bronce, depondrán á tus pies sus coronas con sardónica risa que tu loca arrogancia merece? Sacerdotes y Ancianos de Jerusalem: os habeis hecho indignos de vuestra noble vocacion. Perdonadme esas palabras que el santo furor me arranca: pero, es preciso que lo sepais, no ya solamente la prudencia y los intereses del sacerdocio, sino que Jehová mismo os manda que hagais morir á Jesus nazareno. — Un tiempo fué, bien lo sabeis, en que Dios se dignaba revelarse á los patriarcas por medio de ensueños: escuchadme y decidireis si Caifás ha recibido ó no favor semejante.

« Tendido en el lecho meditaba yo tristemente sobre las nuevas ideas que amenazan ruina á la antigua ley, y en medio de tan dolorosos pensamientos un sueño me trasladó en espíritu al templo, donde me pareció que iba con un piadoso sacrifi-

cio á procurar que se aplacase la cólera del Dios de Abrahan. Corría ya la sangre por el altar, mi mano iba ya á levantar una punta del velo que oculta el santuario á la vista de los profanos, cuando... ¡Gran Dios! ¡Qué es lo que veo en el fondo de aquel misterioso recinto? ¡O terror! ¡O vision profética! ¡A tu solo recuerdo tiemblo como la hoja seca al sopro del huracan! ¡Yo le he visto, sí, le he visto adelantarse hácia mí cubierto con sus pontificales vestiduras al hermano del divino Moises, al sumo sacerdote Aaron! ¡Su frente era amenazadora: al influjo de sus miras de fuego clavado en mí, sentíame morir! Y sobre el arca de la alianza agitaban sus alas los serafines con rumor siniestro; y mi túnica de blanco lino, y todos mis sagrados ornamentos reducidos á cenizas, me envolvian en una blanquecina nube. En seguida la atronadora voz de Aaron me hizo oír estas terribles palabras: ¡huye ignominia del sacerdocio; huye miserable que has profanado el templo del Señor permitiendo que un mortal indigno nos insulte impunemente á mi hermano Moises, á Abrahan y á mí! ¡Huye, te digo, antes que el cielo te consuma!

«Esparcidos y cubiertos los cabellos de ignominiosas cenizas⁴, sellada la frente con el anatema

⁴ Cubrirse los cabellos con ceniza era entre los Hebreos señal de luto y de vergüenza.

de Aaron, y despojado de mis santas vestiduras, fuí á buscar refugio en el pueblo, y el pueblo quiso apedrearme! — Despertéme cubierto de un frio sudor y despues de haber comentado esa vision durante tres mortales horas, os he convocado para deciros que el cielo reclama la muerte de Jesus. Deliberad cual haya de ser su suplicio: yo esperó los consejos de vuestra sabiduría. »

En aquel momento como si un poder sobrehumano le paralizara la lengua, enmudeció Caifás. Inmovil, y fija la vista, solo con extraordinarios esfuerzos consiguió añadir estas cortadas frases:

«¿No os parece mas justo sacrificar á un solo hombre, que consentir que él nos pierda á todos? — Mas la prudencia nos prohíbe inmolarle durante la pascua, porque el pueblo reunido en Jerusalem para solemnizarla, pudiera rebelarse en favor suyo y sustraerle á nuestra justa venganza. »

Ni una palabra ni un gesto responden al discurso del Pontífice: sacerdotes y ancianos parecen cuerpos inanimados que un rayo hirió. Josef de Arimatea, recobrando el primero la severidad y la voz hace ademan de levantarse para defender á Jesus: pero Filon¹, el mas sabio y el mas orgulloso

¹ Dos Filones figuran en los anales del primer siglo del Cristianismo. Uno de ellos es el célebre escritor llamado el Platon de los Judíos, porque hizo especial estudio del estilo y de las doctrinas de ese

de los Fariseos se adelanta para tomar la palabra, y Josef se retira modestamente, ante un orador cuyo talento teme y respeta el mismo Caifás. Nadie sabe aun lo que Filon piensa del Mesías; porque tan cauto como soberbio jamás dice su opinion hasta que se trata de hacerla triunfar.

Brillan con siniestro resplandor los ojos del Fariseo profundamente hundidos en sus órbitas; y en alas de la cólera salen las palabras de su oprimido pecho, breves y ásperas.

« ¡Caifás osado, y te atreves á hablarnos de una vision que en sueños dices, te ha enviado el Eterno...! ¿Has tú olvidado de que el Señor no prodiga así sus revelaciones á las almas que se encenagan en la voluptuosidad terrena, á los entendimientos cuyas pérfidas combinaciones favorecen secretamente las impías doctrinas de los saduceos? El sueño que acabas de contarnos es una invencion digna del Levita bastantemente cobarde para haberse vendido á los Romanos; digna del pontífice que ha llevado la impudencia hasta comprarles el sacerdocio á los vencedores con el dinero arrancado

filósofo; y el otro aunque menos conocido nos ha dejado algunas obras que gozan de buen crédito, curiosamente comentadas por Fourmont y otros eruditos. Como el fogoso Fariseo de que aquí se trata no puede confundirse con ninguno de ellos, claro está que el tal personaje es una creacion de Klopstock y solo el nombre tiene de histórico.

al pueblo de Israel. Y aun cuando Dios hubiera descendido hasta honrarte con una vision, acuérdate, Caifás, de que con frecuencia les ha enviado á los falsos profetas, espíritus falaces y engañadores. ¿No tienes ya presente que el angel de la muerte bajó de su trono para ir á inspirar á los sacerdotes de Baal las mentidas profecías que fueron causa de la ruina de Achab¹, pérfido esposo de la impia Jezabel? Recuerda al maldecido monarca pálido y moribundo sobre su carro de bronce, deteniéndose voluntariamente en el campo mismo donde el inocente Nabot habia perecido bajo una nube de piedras: ¡pues para atraer Achab á aquel campo le habia hecho el Eterno ofrecer brillantes triunfos! ¿Tiemblas al oír el nombre del Eterno? ¿Conoces entonces que el mas terrible de los ángeles pesa en este momento ante el Eterno tu sangre pronta á abandonar para siempre las venas, donde ahora el miedo solo la detiene inmovil y helada? No por eso imagines que tengo á Jesus nazareno por inocente: no ciertamente. A su lado eres tú un male-

¹ Achab uno de los reyes de Israel mas impios, y que reinó 318 años antes de J. C. mandó matar á pedradas á Nabot porque no habia querido venderle una viña, donde el monarca queria hacer un jardin. Ese crimen, á que su muger Jezabel le habia escitado, colmó la medida de sus iniquidades: envióle Dios falsos profetas que le movieron á hacer la guerra y en ella murió en el campo mismo donde Nabot recibió injusta muerte.

chor vulgar : tú profanas el santuario y él quiere destruirlo. Largo tiempo antes de su aparición en esta tierra los crímenes con que había de horrorizarla han hecho inclinarse hácia el abismo de perdición la temida balanza en la cual mas de un criminal ilustre, mas de un valiente opresor de los pueblos ha sido hallado muy ligero. Muera Jesús; quiero verle espirar, quiero ver con mis ojos paralizarse á sus miembros para siempre. Y de la cima del cerro en que espire tomaré un puñado de tierra enrojecida con su sangre y la depondré al pie del Arca santa, como prueba del mayor triunfo que el linage de Adán ha obtenido sobre el Genio del mal. Cesa pues, cesa sobre todo, pontífice indigno, de hablarnos de la versatilidad del pueblo. El que no quiera perecer á impulsos del rayo vengador debe adelantarsele. ¿Temió al pueblo el Profeta de Tesbia⁴ cuando delante de él hizo degollar á los sacerdotes de Baal, el aletargado Dios que se olvidó de dar una prueba de su poder inflamando la ho-

⁴ Elias : llámale así Klopstock porque era natural de Tesbia, villa del pais de Galaad en la tierra de Canaan. Desafió el profeta á los sacerdotes de Baal á que hiciesen encender por sus ídolos el fuego del sacrificio, y á pesar de los clamores é invocaciones de los ministros de la mentida deidad permaneció la leña colocada sobre su altar tal como en él se puso : mientras que á la voz de Elias se inflamó la que había en el ara del Señor. El pueblo reconociendo en aquel milagro la omnipotencia del Eterno degolló en el acto á todos los sacerdotes de Baal. — Véase el libro I de los Reyes en su cap. 18.

guera del sacrificio? No, no : nada temió porque se sentía fuerte con el apoyo del Eterno que puso el rayo en sus manos. Por mí, aunque no dispongo del temido rayo, iré tranquila y orgullosamente á presentarme ante el pueblo de Israel cuando se derrame la sangre de Jesús ; ¡y ay del que se atreva á decir que no se vierte en gloria de Abrahán ! A todos os lo digo : bastaría una sola de mis miradas para obligar á la multitud á que apedrease al Nazareno. ¡Perezca pues ese traidor ! ¡Perezca ante Israelitas y Romanos ! Seamos dignos de nosotros mismos y no abandonemos nuestros asientos de Jueces, hasta que llegue el momento de dar gracias al Señor, por haberle conservado puro y sin mancha su sagrado templo. »

Y levantando sus brazos hácia la bóveda del salón añadió en voz inspirada :

« Sombra de Moises, ora dormites bajo tu azulado manto en el valle de beatitud donde te has reunido con Abrahán y todos los verdaderos profetas ; ora invisible te hayas dignado asistir á este concilio, escúchame : por el nombre de la eterna alianza que de lo alto de las inflamadas nubes nos trajiste, juro no descansar hasta que mis ojos hayan visto inmolar al enemigo de tu ley ; hasta que sobre mi cabeza por los años encanecida, se hayan elevado estas manos tintas en su aborrecida sangre. »

Filon horrorizado de sus propias blasfemias, dejó de hablar pálido y trémulo; y sin embargo procurando persuadirse de que la vista de Dios no puede penetrar en la tumba donde el crimen sepulta á sus víctimas.

Cuando en medio de la trabada lid cae el caudillo que la dirigia de su carro de bronce herido por enemiga lanza, no sintiendo ya la presion de la mano que los guiaba, sus caballos relinchan y se enarmonan, enciéndenseles los ojos, de sus hinchadas narices emana espeso vapor, y la tierra tiembla bajo la presion violenta y desigual de sus cascos que esparcen al viento los fragmentos del carro destrozado.

Así iban los saduceos á vengar la afrenta hecha por el osado Filon al gran sacerdote, cuando Gamaliel, respetado de todos por su prudencia y dulzura, se levantó reclamando silencio con imponente gesto:

« Sacerdotes y vosotros Padres de Israel, escuchadme. Cálmesese la tempestad de las virulentas pasiones ante la razon y la justicia. Escuchadme porque de razon y de justicia son las palabras que vais á oirme. Mientras os dividan esas denominaciones de fariseos y saduceos ¹, ¿cómo habeis de

¹ Eran esas dos sectas las mas poderosas de las que entonces dividian á los Judíos. Apoyábase el saduceísmo en las doctrinas de Anti-

triunfar del enemigo que á entrambos partidos amenaza? — ¿Pero es Jesus Nazareno realmente enemigo de Israel? ¿No pudiera ser que el Eterno hubiera sembrado entre nosotros la discordia para impedirnos así que decidais de la suerte de aquel á quien *él* solo se ha reservado el derecho de juzgar? Dejad pasar la justicia de Jehová, débiles hijos de la tierra; no le obligueis á que descargue el rayo, esa arma poderosa que estremece á los cielos y á vosotros os reduciria á cenizas. Esperad en silencio la sentencia del supremo juez cuya voz se hace oír al mismo tiempo en todos los puntos del universo. Si esa voz dice á la centella: aniquila al culpable; si dice á la tempestad: esparce de oriente á occidente, de norte á mediodia el polvo de sus

góno, filósofo griego, cuya máxima fundamental consistía en practicar la virtud por ella misma y sin esperanza alguna de recompensa; su discípulo el doctor judío Sadoc, profesó ese dogma públicamente unos 200 años antes de J. C. y fundó la secta de los Saduceos. Tan mística doctrina no estaba al alcance de un pueblo tan corrompido como lo era entonces el hebreo; por lo mismo interpretándola mal infirió de ella que no habia penas ni recompensas despues de la muerte; que por tanto era el alma mortal; y en consecuencia lo justo se reducía á pasar la vida lo mas agradablemente que posible fuese.

Siglo y medio antes de J. C. empezaron á figurar los Fariseos cuya doctrina consistía en aparentar una grande y austera severidad de costumbres, unida á la mas exagerada devocion. No limitándose á la ley escrita, le añadían, como tradicion oral, cuanto á sus fines convenia. Adquirieron, merced á su hipocresía, grande influencia en el pueblo, y entre ellos halló Jesucristo sus mas encarnizados enemigos. — T. F.

huesos desechos por tu soplo ; si dice á la cuchilla : sirve á un brazo vengador y derrama la sangre del criminal ; si dice á la tierra : ábrete y súmelo en tus profundos abismos : entonces , ¡ ay ! Jesus Nazareno es indudablemente vuestro enemigo y el enemigo de Dios. Pero si con bienhechoras maravillas prosigue derramando en torno suyo dulces alegrías y celestiales consuelos , si por él recobra el ciego la vista ; si por él vuelve el sordo á escuchar la cariñosa voz de su desposada , los tiernos acentos de su madre , y las bendiciones de los ministros del altar ; si por él andan los muertos entre nosotros animados de nueva vida , y mostrándonos con los ojos la tumba que acaban de dejar y el Juez cerca del cual han estado ya ; si continua , sobre todo , dándonos ejemplo como hasta aquí de todas las virtudes : entonces ¡ nobles jueces de Israel , en nombre del Dios vivo os conjuro para que no le condeneis ! »

Así habló Gamaliel y reinó en la asamblea un melancólico silencio.

Lanzaba ya el sol de mediodía sus ardientes rayos sobre las calles de Jerusalem que á su impulso estan desiertas cuando Judas las atravesaba dirigiéndose al Sanedrin , precedido por Satan y por el triste Ituriel , quienes invisibles para los mortales entran y toman asiento entre los miembros del consejo , Sacerdotes y Ancianos que tiemblan como

el asesino cuando el trueno brama sobre su cabeza ; porque las palabras de Gamaliel han aterrado hasta á las almas de Caifás y de Filon.

Levantóse Nicodemo arrojando á esos dos una mirada de desprecio , y adelantóse al medio del Salon. Bajo el peso del dolor que le agovia se inclina ligeramente su elevada estatura , mas su porte es noble. Graves pensamientos han surcado su frente : pero en su fisonomía se retratan la dulzura de un corazon amante y la calma de una conciencia tranquila. Sus ojos , espejos fieles de su alma , derraman lágrimas de dolor que no procura ocultar , imaginando aun que va á dirigirse á hombres y hermanos suyos.

« Bendito seas , Gamaliel , mil veces bendito (dijo) por las palabras que acabas de pronunciar : ellas me han conmovido hasta la médula de los huesos. Colocado ha el Señor en tu boca una cortadora cuchilla : tú nos has recordado su omnipotencia y nuestra nada. ¡ Protéjate el Eterno que te ha dotado de tan sublime valor ; sea su Mesías el tuyo y el de tu linage ! ¡ Pero á tí Caifás , y á tí Filon , qué puedo decir ! Solo alcanzo á llorar por vosotros. ¡ Puedan enternecer vuestros endurecidos corazones estas lágrimas que me arranca el temor de veros derramar la sangre del mayor de los profetas ! Esa sangre , creedme , pediria al cielo venganza , y el cielo irritado os juzgará sin mise-

ricordia : ¿ qué has hecho, preguntaria á la Judea, que has hecho del Mesías? Y al silencio de la consternada Judea replicaria : ¡ Muerte y maldición sobre los asesinos del Mesías! »

Por un momento la cólera y el orgullo ofendido encadenan á Filon , mas reanimándose súbitamente, se lanza al centro de la asamblea , donde permanece inmovil y amenazador como sombría nube que destacándose de nebuloso cielo se detiene sobre la mas elevada roca y llevada en alas de la tempestad gira, se enciende , estalla , desdeñando al magestuoso cedro y esparciendo la muerte y el incendio en las regias ciudades que orgullosas y esplendentes se levantan sobre la falda de los montes.

Sonrióse Satan viendo la ira de Filon y alentóle así en el pensamiento :

« ¡ Sea tu palabra, mi digno ministro , poderosa cual los torrentes del infierno ; incendie como su océano de fuego ; aniquile como el aliento que exhala mi pecho! ¡ Aseméjese tu voz á la mía, cuando desde los mas altos montes me inclinaba al abismo y le hablaba de Jehová, de mi cólera y de mi odio! Entonces los rios atentos aprendieron mi lenguaje , y las vecinas cavernas lo repitieron bramando de gozo. Inspira tú así á todos los pueblos enemigos de Jehová ; y el mismo Adramelec envidiará la victoria. Haz que se pronuncie la sentencia

de muerte de Jesús ; y cuando corra su sangre yo henchiré tu corazon de todas las alegrías del Infierno ; y cuando bajas á mi reino te daré lugar preferente al de los heróicos conquistadores que hicieron degollar á generaciones enteras !

Solo para Ituriel es inteligible el pensamiento de Satan ; mas penetrado Satan de su diabólico espíritu, esclama :

« Santos altares en que arde el incienso y corre la sangre del cordero pascual ; arco de la alianza ; templo sagrado á donde adoramos al Eterno ; y tú, Maria ¹, reina de las montañas bienaventuradas donde *aquel* se complacia en hacer oír su voz á los hijos de la tierra, trono terrible del supremo Juez : aniquileos el Nazareno. Ya le aplauden los Sacerdotes y los Ancianos de Jerusalem : pronto le auxiliarán eficazmente, yo solo permaneceré, entre tantos culpados, inocente y puro. Cuando vuestros hijos, inquietas las miradas, y trémulas las rodillas tiendan al cielo sus brazos buscando el santuario del Dios de sus padres, y no lo encuentren ; cuando el Nazareno se haya elevado al trono ; cuando sus esclavos le ofrezcan sacrificios á la faz del mundo ; cuando las manos de los impios hayan rasgado el sacro velo que nuestros pontífices levantan

¹ Es la pequeña montaña, conocida tambien con el nombre de Sion, sobre la cual se hallan el templo y una parte de la ciudad. — T. F.

tan temblando; ¡oh! entonces podré yo decir: desgracias ináuditas, sacrilegios horribles, anatemas del infierno, pasad, pasad sin herir la cabeza del único hombre que nunca se ha encenagado en vuestro ponzoñoso fango. ¿Mas qué digo? Si tantos crímenes han de consumarse en efecto, haz, Dios de Israel, que para siempre se cierren mis ojos. Sí; destroe mi alma la desesperacion, que mi lengua se hiele, si no has de escuchar la súplica que voy á hacerte: ¡Dios de Moises! si desde el polvo de este mundo ha llegado alguna vez hasta tu azulado trono la voz deprecatoria de un mortal; si á la voz de Elias devoró el fuego celeste en el monte Carmelo á los asesinos que para inmolarle envió un Rey sacrílego¹; si á la voz de Moises hundió la tierra en sus misteriosos abismos á Datan, Coré y Abiram²; si todo eso es así, debes escucharme, Señor, porque maldigo á los impios que te desconocen y que defienden á tu enemigo, al enemigo de tu ley. Nicodemo:

¹ Queriendo el rey Ochosias obligar á Elias á que bajase del monte Carmelo, envió por tres veces consecutivas á un capitán con cincuenta soldados á que le prendiese; pero las tres veces también hirió el fuego celeste á los enemigos de Elias, lib. II de los Reyes, cap. 4. — T. F.

² Nombres de los caudillos que se rebelaron contra Moisés y contra su Dios; y á quienes efectivamente se tragó la tierra. — Lib. I de los números, cap. 16. — T. F.

morirás de la misma muerte que el visionario Jesus; como los suyos serán arrojados tus restos entre los insepultos huesos de los criminales que mueren apedreados lejos del templo. No endulzará tu agonía la oracion, porque el corazon que se ha abierto para el Nazareno, para siempre se ha cerrado al Eterno, y los ojos que por el Nazareno han llorado, no encontrarán lágrimas cuando quisieran derramar las del arrepentimiento, aquellas que aplican la severidad del Juez supremo. ¡Y tú tambien quieres proteger á Jesus, ó Gamaliel! Pues bien, que tus ojos se cierren á la luz y tus oidos á la voz humana; que sea tu último suspiro un ahullido de rabia; y en seguida duerme y espera á que te despierte tu Mesías, que el vil populacho recordando que en tu postrimer delirio dijiste: *él me despertará*, hollará con sus pies tus mortales despojos á medio consumir por los gusanos, y se burlará de tí y de tu profeta! — ¡Levanta el poderoso brazo tú cuya gloria defiende aquí yo solo! Hierre, Jehová, lanza las maldiciones que en tu nombre acabo de pronunciar; aniquila á Nicodemo y á ese otro mas culpable aun que él, por haber sido el primero que en este recinto ha hecho oír la voz de la blasfemia! Pero tu cólera terrible, que cuando se anuncia hace temblar bajo sus fulminantes alas á las montañas de la tierra, á los abismos del infierno, y á las bóvedas celestiales, esa réservala para el

mayor de los criminales, resérvala para el Nazareno. — He sido joven y hermoso, ahora estoy viejo y marchito; y siempre te he adorado como nuestros padres te adoraban: pero si permites que triunfe Jesús; si toleras que á la nada se reduzca tu santuario, que nada sea el juramento que de tí recibió Abrahan para él y para sus descendientes, entonces me aparto de tí, te reniego á la faz de toda la Judea. Entonces viviré sin tí, y al descansar mi encanecida cabeza en la helada piedra del sepulcro para dormir el último sueño, no me preocuparán visiones del porvenir! Si no aniquilas al osado que te insulta y que seduce á tus servidores, no es cierto que aparecieses á Moises... Engañóle alguna vana ilusion cuando creyó verte en la ardiente zarza, y sobre el monte Sinai; y nosotros somos y nuestros padres fueron un pueblo miserable y juguete de un craso error! ¡Baldon y desdicha sobre este pueblo si Jesús no muere; porque entonces ni hay ley, ni hay Dios!»

Dijo y volvió triunfante á ocupar su asiento.

Sumido en profunda meditacion comprende Nicodemo que la pureza de su alma le hace muy superior á las injustas persecuciones que le esperan; y su corazon amante le inspira la fuerza necesaria para soportar tranquilamente la furia de sus enemigos. Recuérdale el cielo que en aquel instante le inspira la santa noche que algun tiempo antes pasó en

compañía del Salvador¹; noche durante la cual le inició el Hijo del Hombre en los secretos de la eternidad, menos aun con las palabras, que con la expresion de sus miradas en que á un tiempo se retrataban la sublime inocencia del primer habitante del Eden y la dulce magestad de un Dios. Sostenido con tan dulce recuerdo, su pensamiento le colocó en medio de todas las generaciones pasadas y futuras, reunidas en un solo punto por la terrible trompeta que ha de anunciar el fin de los tiempos y la resurreccion de las víctimas. Así alentado por el testimonio de su conciencia toma de nuevo la palabra, y todos le escuchan con aquel religioso respeto que la virtud inspira siempre aun á los mas feroces criminales.

«Glorifícome, divino Mesías, ante todas cosas, de haberte visto á tí á quien buscarán en vano en los solitarios bosques de Mambre², los ojos de Abrahan; á tí á quien las plegarias de David, Rey

¹ Alusion al diálogo de Jesucristo con Nicodemo, una de las personas mas importantes de Jerusalem; diálogo que se prolongó durante toda una noche, y á consecuencia del cual, abrazó públicamente Nicodemo la doctrina de Jesús. — Evangelio segun san Juan; cap. III. — T. F.

² Alusion á la alianza del Eterno con Abrahan que se verificó en la llanura de Mambre llamada hoy de Hebron, donde el patriarca habia establecido sus tiendas. (Véase el Génesis, cap. 17.) En esa misma llanura de la tierra de Canaan se halla la ciudad de Hebron, una de las reales y de asilo ó refugio, instituidas por Josué. — T. F.